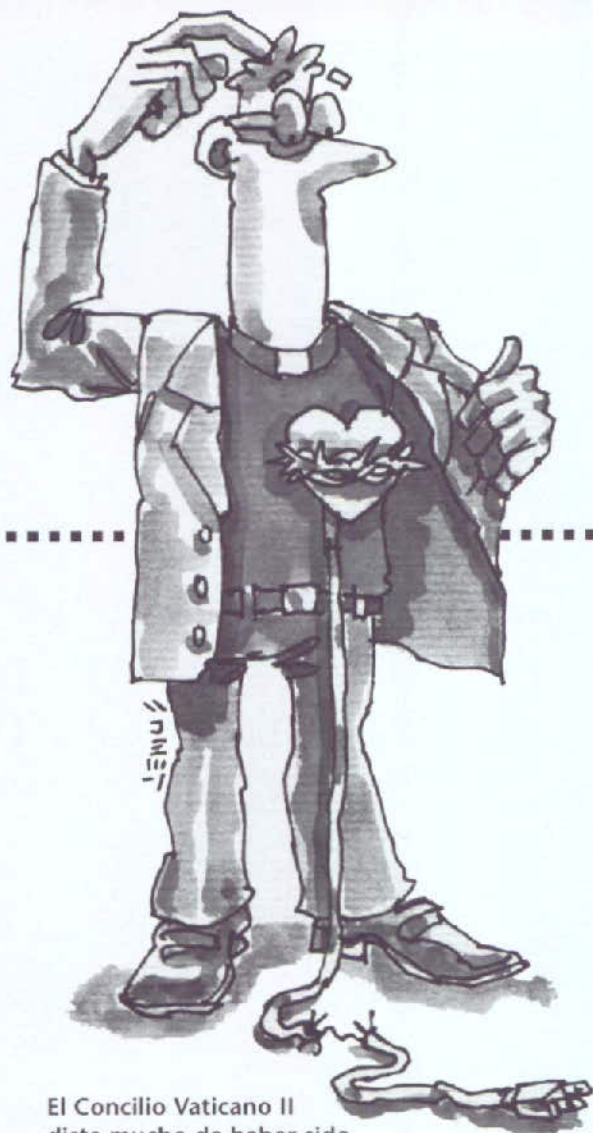




El Concilio Vaticano II dista mucho de haber sido recibido. Por eso no acaban de visibilizarse sus propuestas. En vez de una discusión teórica sobre ellas, queremos presentar la figura de Pedro Arrupe, uno de sus paradigmas más acabados, para mostrar lo que significan en la vida de una persona que se entrega a vivirlas.

Arrupe antes del Concilio

Arrupe maduró su vocación y vivió sus primeros treinta años de jesuita en un horizonte de vida espiritual y apostolado que comprendía dos elementos yuxtapuestos: el primero, tenía que ver con el servicio desinteresado a los demás, sobre todo a los pobres y pecadores, como ejercicio de simpatía humana y de misericordia cristiana. Así fue a las chabolas de Madrid o a una cárcel de máxima seguridad en USA o atendió a los destrozados por la bomba atómica en Hiroshima. El segundo elemento, se refería a los medios dados por Dios a la Iglesia como cauces de la salvación y a la propia Iglesia como lugar de la salvación. Aquí hay que situar todos los esfuerzos por ganar a la gente para que se convirtiera, se confesara, se entregara a Dios, y como correlato participara de los actos que arbitra la Iglesia para alimentar la vida de la gracia; y en el Japón, todo su ingenio y su audacia para que las personas se interesaran por la oferta cristiana y llegasen a convertirse al cristianismo y participar devotamente de los sacramentos. Estos dos elementos estaban ciertamente relacionados: el que se entrega a Dios trata de vivir lo más humanamente posible y tiene el corazón lleno de misericordia para los que lo necesitan, tanto a nivel material, como moral y espiritual. Pero precisamente esta misericordia es la que lleva a privilegiar lo que más importa, lo que es decisivo para el destino de toda persona humana: abrir su vida al Dios de Jesús y entrar en su Iglesia, instituida por él como el ámbito de la salvación.

En la base de este horizonte estaría la distinción entre lo natural y lo sobre-

natural. Lo sobrenatural se apoya en lo natural, y por eso todos los esfuerzos por la salud física, mental y moral, por educar sanamente, y por lograr condiciones sociales que permitan el desarrollo armonioso de las personas. Pero todo eso, con ser interesante en sí y digno de aprecio y dedicación, no es con todo lo decisivo. Lo decisivo es la salvación del alma. Si todo lo anterior se ordena a ello, santo y bueno; pero si se cierra sobre sí mismo, si se niega a trascender, se cae en el naturalismo, que no sólo frustra el destino sobrenatural para el que Dios ha creado a los seres humanos, sino que, precisamente por eso, acaba por deformar a la persona llevándola a extravíos o en el mejor de los casos recortando miserablemente sus aspiraciones.

Como lo más importante era el cultivo de la vida sobrenatural, la Iglesia, que era la que había recibido de Dios los medios para el nacimiento a esta vida y para su desarrollo, era la institución más importante. No por ella misma, es decir, por la excelencia cultural y meramente humana de sus miembros, no porque ellos fueran los más inteligentes o mejor dotados o más sabios, influyentes o poderosos, sino porque a ella había entregado Dios, para que los derramara por el mundo, los medios para acceder a la salvación sobrenatural que nos había adquirido Cristo. Ella tenía el bautismo que nos sacaba del mundo del pecado y nos asociaba a los hijos de Dios; ella tenía la penitencia para restablecer la vida de la gracia cuando se había pecado; ella tenía los elementos, no sólo para progresar en las virtudes sino sobre todo para unirse con Cristo y vivir en él como un hijo de Dios hasta llegar a la patria definitiva.

Un camino de entrega indivisa e integración personal

Esta ordenación de los medios a los fines es muy clara en el apostolado de Arrupe en el Japón. Su simpatía era genuina así como su deseo de entrar en la cultura y el alma japonesa. Eso le supuso muchos esfuerzos y le requirió mucho tiempo. Pero en definitiva él lo que buscaba era que el Japón conociera genuinamente el cristianismo, de tal modo que se pudiera enamorar de él y hacerse cristiano. Esta sería la salvación del Japón: todo lo bueno de su cultura milenaria y de su sentido humano quedaría corroborado, salvaguardado y potenciado, y sus deformaciones e impotencias se superarían y su vacío se colmaría. Este convencimiento de fondo (el cristianismo salvaría al Japón y potenciaría al cristianismo) dirigía su estrategia pastoral que consistiría, en palabras de San Ignacio, en "entrar con la suya para salir con la nuestra". Esta expresión que puede sonar a maquiavelismo jesuítico, a utilización de las personas, para Arrupe, como para Ignacio, no se redujo a una táctica porque para ellos eso era lo bueno para sus destinatarios y porque, como he insistido en el caso de Arrupe, "lo de ellos" no era algo preliminar que acabaría siendo desechado sino algo que en el proceso se confirmaría y trascendería desde dentro, es decir, se conservaría sublimado en la reconstrucción que lleva aparejada la conversión.

Este horizonte espiritual y pastoral lo vivió Arrupe con una entrega total. Por eso a los japoneses les cayó tan bien que se interesara tan viva, incluso tan voluntariosamente en su cultura, les gustó que quisiera entrar en su mundo y vivir en él; y les causó un tremendo respeto sentir que cuando les hablaba del cristianismo lo hacía no como un profesional sino de

corazón, les cautivó comprobar que él era el retrato vivo y convincente de lo que les decía.

Sin embargo, también les chocaba un poco su insistencia machacona que sonaba a intromisión en la libre intimidad de las personas. Se lo toleraban porque captaban su pureza de intención, pues no trataba de buscar poder ni influencia y ni siquiera adeptos sino poner a las personas con el Dios de Jesús y con el mismo Jesús como fuentes de vida y de sentido, es decir, de salvación para las personas. Ellos captaban que Arrupe buscaba su bien, pero forzando a veces la relación, como diría Pablo "a destiempo".

Sin embargo, hubo situaciones en las que la yuxtaposición de los dos elementos resultaba patética. Para mí el momento donde esto se patentiza más es cuando Arrupe, pasada la primera emergencia de la bomba, teniendo la casa, incluso la capilla, convertida en hospital, sintió la necesidad de normalizarse como sacerdote que era y liberó espacio para el altar y tuvo la misa en latín, como se decía antes del Concilio, en medio del respeto, pero también de la total extrañeza de los enfermos que, por supuesto, eran budistas y no entendieron nada. Arrupe ofreció esa misa por los enfermos, por su salud, pero sobre todo por su salvación, es decir, porque un día Dios les abriera los ojos y llegaran a hacerse cristianos.

Arrupe a partir del Concilio

Fue Arrupe el que durante su generalato se abrió a la gracia del Concilio y llegó a alcanzar un horizonte unitario que concentró todas sus energías en un diseño tremendamente sencillo, pero inabarcable y por eso

humanizador. Lo natural y lo sobrenatural confluyeron hasta fundirse en la única historia que culmina trascendiéndose en la parusía, cuando el Hijo entregue el Reino al Padre y Dios llegue a ser todo en todas las cosas. Esta unión sin confusión ni reduccionismo se dio en Jesús, que es Dios con nosotros y a la vez la humanidad fiel a Dios y por eso consumada. En este horizonte la salvación consiste en ponerse completamente en manos de Dios y, como expresión de su designio salvador, entregarse completamente a los seres humanos, echando la suerte con ellos, en orden a su plena humanización según el modelo de Jesús. La unión de lo divino y lo humano se da en la realidad histórica, vivida con el mismo amor fiel con que la vivió Jesús.

Esta inmersión en la historia la vivió Arrupe en el seno del pueblo de Dios, que no es un pueblo étnico contradictorio de los demás sino levadura en la masa. Por eso para él ese hacerse mundo con una solidaridad incondicional no es entreguismo sin misión, participación del misterio de la encarnación que culmina en la Pascua. Así la eclesialidad significa renuncia a una salvación sectaria y compromiso irrestricto con la suerte de la humanidad como correspondencia a la alianza eterna que con ella entabló Dios en Cristo. Eso entraña la condición de sacramento que tiene la Iglesia. Por eso ese hacerse mundo no significa adaptarse como la sal que perdió el sabor, sino secundar la acción del Espíritu en la historia, una acción que lleva a la vida fraterna de los hijos de Dios.

Esto significa relativizar a la institución eclesial y en su caso específico a la institución que es la Compa-

ña de Jesús poniéndola en función de la misión, hacerla completamente para los seres humanos porque quiere ser completamente de Dios en Cristo; más aún llevándola a estar totalmente con los seres humanos por su afán de secundar la dirección de su Señor que se hizo uno de tantos.

Creo que la medida de la fe de Arrupe hay que colocarla en la audacia confiada con la que puso a la Compañía en función de la humanidad llevándola a abrirse a ella, a formar cuerpo con ella, a diluirse en cierto modo en los distintos cuerpos sociales con los que los jesuitas se comprometían, en los que participaban lealmente. Hubo algunos casos, sobre todo la participación en partidos políticos (que Arrupe desaconsejó) en los que la lealtad resultó dividida. Pero lo ordinario fue lo contrario: la tensión de lealtades se reveló tremendamente fecunda y enriquecedora. Desde la lealtad en la lucha por la justicia a la lealtad en el diálogo interreligioso. No hubo impasse sino trascendimiento superior cuando la lealtad concreta era expresión de la lealtad frontal de vivir en misión. La formulación más cabal y global de esta entrega compleja e indivisa es la promoción de la justicia como expresión de la fe, que fue la formulación de la identidad del jesuita en la primera Congregación General presidida por Pedro Arrupe (1975).

La expresión más visible de este cambio, verdadero giro copernicano, es el paso de una Compañía tremendamente homogénea en cuanto a su ideología, sus usos y costumbres, y hasta su modo de vestir, caminar y expresarse, a una Compañía tan variada que la última Congregación General, tras oír el relato de los delegados de cada región y comprobar su disparidad, tuvo que preguntarse qué tenían en común. Como la variedad, que recogía la riqueza del pluriculturalismo de humanidad actual, era fruto de la inserción inculturada en cada zona como obediencia a la misión, la conclusión que sacaron fue que lo que los unía era el mismo Espíritu que los había enviado, ya que no eran meramente representantes de sus culturas sino que pretendían estar en ella de modo equivalente a como Jesús de Nazaret vivió en la suya.

Por eso los jesuitas de Arrupe, como él mismo, participaron intensamente de actividades y organismos intercongregacionales; dieron participación en sus obras a aquellos que hasta entonces habían sido meramente sus colaboradores; participaron de planes de pastoral de conjunto y se metieron decididamente en proyectos pastorales formando parte de sujetos sociales que desbordaban completamente a la Compañía de Jesús. Más aún, llevados por el mismo espíritu, salieron más allá de las fronteras eclesiales y se metieron en asociaciones y movimientos de desarrollo humano y social, científico y cultural. Realmente que la Compañía de Jesús de Arrupe nada tuvo de ensimismada, de centrípetas; no giró alrededor de la propia institución buscando su grandeza para la mayor gloria de Dios, sino que, por el contrario, se entregó generosamente a todo lo noble que se agitaba en la historia en la dirección de una transformación humanizadora, en el doble sentido de más desarrollo humano y de desarrollo para más seres humanos. En esta entrega hubo pérdidas y desorientación, pero marginalmente; en líneas generales no fue altruismo, humanismo, sino muy específicamente el resultado de ponerse a la disposición del Padre para participar en la misión de su Hijo.

La prueba más clara de la calidad cristiana de esta entrega fue el cambio de solidaridades con la consiguiente pérdida de estatus y poder social y las campañas de descrédito en incluso de persecución hasta el martirio. Arrupe fue muy consciente del precio que la Compañía tenía que pagar por solidarizarse con la humanidad desde los de abajo en orden a la transformación de corazones y estructuras que hicieran posible la fraternidad de los hijos de Dios. No sólo el precio de la enemistad de antiguos amigos y de un empobrecimiento pecuniario que para él era deseado, sobre todo a nivel de las comunidades de jesuitas, sino, lo que fue para él mucho más doloroso, la incompreensión dentro de la misma Compañía y la salida de bastantes que no estuvieron dispuestos a transitar este camino. Aunque el dolor más íntimo fue para él la incompreensión de esferas del Vaticano y del propio Papa.

Él era consciente de la inercia y resistencia de un grupo de jesuitas y de las meteduras de patas de otros; pero para él el camino cada vez estuvo más claro, aunque el recorrerlo no era nada fácil. Él fue sintiendo que esta entrega al mundo como participación de la misión de Jesucristo era la realización de la vocación de la Compañía de Jesús en la Iglesia. Al meterse en las diversas inserciones era claro para él que los jesuitas no dejaban de serlo sino que se realizaban como tales, si convalidaban diariamente esa identidad de enviados de la que brotaba la tenacidad y creatividad de su entrega.

La propuesta conciliar hoy

No hace falta decir que éste no es el tiempo de Arrupe. Hoy ninguna institución practica y ni siquiera propone este tipo de entrega que él propuso y realizó eximamente. Si no le fue bien es porque cuando estaba naciendo la actual figura histórica él mantuvo su propuesta a contracorriente. Hoy las corporaciones mundializadas imponen un corporativismo totalitario. Ellas practican la planificación central privadamente e impiden que se dé una planificación pública, incluso logran que lo público se reduzca a su mínima expresión para campar ellas sin contrapeso. Para lograrlo se relacionan entre sí políticamente, pero hasta ahora han tenido éxito en impedir que se les pongan cortapisas políticas.

En este mundo corporativizado, la tentación es asumarnos eclesiásticamente como corporación, aunque no para provecho privado sino de la gente. Por eso la tentación actual es honrar sinceramente a Arrupe, pero ir, sin decirselo a sí mismo en la dirección contraria, es decir, no en la de meterse en la masa para propiciar su organización sino fortalecer la institución para servir a la gente que no son ya sujetos sino meros destinatarios. Yo sigo pensando que la dirección que nos marcó Arrupe es hoy más pertinente que cuando él la propuso y que haríamos bien en tomarnos en serio el slogan de fidelidad creativa.

PEDRO TRIGO, S.J.

TEÓLOGO. DIRECTOR DEL CENTRO GUMILLA